

## Un té en la sala rosa

Francisco López Serrano

Primer Premio

Pese a las circunstancias, aquella tarde de domingo, 19 de julio, el secretario general de la Universidad Internacional de Verano, Pedro Salinas decidió dar un té de bienvenida al Profesor Piccard, que había ascendido en globo a la estratosfera batiendo el record mundial de ascensión, al que invitó a un selecto grupo de profesores y estudiantes. Junto al homenajeado acudieron, entre otros, el coronel Herrera que se había vuelto inseparable del primero, el rector Cabrera y los profesores Gómez Moreno, Díaz del Moral, Hernández-Pacheco, Camón Aznar, José Gaos, Paul Ludwig Landsberg, que no solía prodigarse socialmente pero que ese día había hecho una excepción, y el doctor Arruga, prestigioso oftalmólogo que impartía un curso en la Casa de Salud Valdecilla. Algunos de ellos habían acudido acompañados de sus respectivas esposas. También se hallaban presentes José Antonio Rubio, adjunto de Secretaría; las dos cuñadas Bauer, que se ocupaban de la sección de Relaciones Internacionales de la Universidad de Verano; Mathilde Pomès, hispanista francesa que dirigía el departamento de Francés; Margarita Bonmatí, esposa de Salinas, y un reducido y selecto grupo de estudiantes.

Se encontraba presente Víctor Blasco, un tímido becario a quien Salinas solía invitar de vez en cuando a las reuniones de la sala rosa, pues, al poco de comenzar el

Curso, el joven le había entregado un ejemplar de su libro *Poemas relativos*. Ignoraba el secretario general la zozobra a la cual, debido a su extrema timidez, se había enfrentado el muchacho ante aquel gesto, audaz en apariencia pero admisible en el ambiente de la Magdalena, de un joven poeta hacia otro ya consagrado, en un contexto, el de la Universidad de vacaciones, que propiciaba ese tipo de acercamientos e intercambios.

Salinas puso en el gramófono una conocida aria de *La Wally* de Catalani interpretada por Mercedes Capsir, pidió que se sirviera el café y en su pulcro y académico francés, presentó al profesor Piccard y a Gisela Bauer.

La alta figura del Profesor Piccard se inclinó doblándose en una genuflexión tan franca y devota que hizo saltar el botón de su cuello duro con la inusitada violencia de un proyectil, y tomando la mano de la dama la besó con las mejillas ardiendo en rubor. El cuello duro abierto le daba al profesor un aspecto pedulario.

— Se han querido cargar la República desde su nacimiento y ahora pretenden darle la puntilla —comentó con tristeza el profesor Díaz del Moral que desarrollaba en la Universidad de Verano un curso sobre reforma agraria.

— Parecía inevitable que algo así ocurriera —comenzó a decir Hernández-Pacheco que cojeaba de lerrouxista y tenía ya medio corazón sublevado—, las cosas estaban llegando a un punto sin retorno. Los sucesivos gobiernos se han mostrado absolutamente ineficaces para impedir el crimen y la anarquía.

— Cuando Gil Robles —observó Díaz del Moral— dijo en el Parlamento que si el gobierno, prisionero de las

izquierdas, no tenía fuerza suficiente para reprimir los desórdenes e imponer la calma en la calle debía ceder el poder político o de lo contrario la defensa legítima obraría como ley natural, se estaba refiriendo a esto, esto es para las derechas la ley natural: el ejército sublevándose contra la República.

— De qué se sorprende —terció el profesor Gaos—, ¿acaso resulta extraño que confundan la ley natural con la intervención del ejército quienes establecen deducciones semánticas tan contundentes como aquella que hace derivar tranquilidad de tranca?

— Hay algo decididamente grosero y burdo en todo pronunciamiento militar —sentenció Díaz del Moral mientras depositaba uno por uno con delicadeza cinco terrones de azúcar en su taza de té hasta convertirlo en sirope—. La misma falta de visión del futuro y apego a lo inmediato que la jerarquía atribuye al pueblo, tiene su máxima y más feroz expresión en un ejército que, del modo menos deportivo, frena cualquier crítica u oposición utilizando una fuerza que le ha sido dada para un menester distinto.

— Con relación a la situación política hay un tremendo desconcierto entre la gente —dijo el coronel Herrera—. En la excursión de ayer a Asturias, al pasar por los pueblos algunos lugareños nos saludaban con la mano abierta al estilo fascista y otros con el puño cerrado, al uso de los comunistas.

— Por lo que he oído, un gesto equivocado te puede llevar a la tumba —meditó Díaz del Moral—. Dios mío, qué

país tan pedante éste donde se muere y se mata por un gesto, por un emblema.

— El gobierno de ustedes lleva demasiado tiempo practicando la suerte de Don Tancredo —intervino Landsberg que, aunque alemán, o quizás por ello, tendía a utilizar símiles taurinos—. La guerra es inevitable pero el pueblo español demostrará su voluntad de luchar y afrontará un combate que por desgracia no ha sabido afrontar en su momento el pueblo alemán.

El profesor Landsberg era un hombre bastante conocido en los círculos universitarios españoles pues daba un curso de filosofía en la Universidad de Barcelona, también se hallaba vinculado a la orteguiana *Revista de Occidente* y a *Cruz y Raya*, la revista y editorial jesuítica que dirigía José Bergamín, en las que había publicado artículos y algunas traducciones de sus libros. Discípulo de Max Scheler y de Husserl, Landsberg había sido uno de los introductores de la fenomenología en España. En la Universidad estival daba aquel año un curso sobre pensamiento medieval.

— ¿Y todas esas muertes, todo ese horror? Como dice Marañón, ninguna idea puede estar por encima de la vida de un hombre —se lamentó Díaz del Moral.

— Nadie mata en realidad por una idea —dijo un profesor latinista y socialista— sino por cosas concretas, por realidades tangibles. Las ideas, al contrario de lo que dice Platón, son las sombras de las cosas. El hombre mata por un pedazo de tierra, por defender su vida y su hacienda. Las ideas son solo las mortajas con que se viste a las víctimas.

— La política, siempre la política —intervino Salinas—, es el gran morbo nacional, cosa innoble, inferior, humillante y envilecedora en la que se revuelcan con fruición los mediocres. La política, créanme, ha echado a perder este país. Y el ambiente de energumenismo y pedertería politicista ha contaminado la vida cultural española. Aquella frase de Ortega: “Hoy el destino es política” indicaba ya que el destino de España estaba abocado a la ruina.

Desde el primer momento Salinas había constatado con fastidio cómo la conversación derivaba de forma natural hacia el tema del golpe de estado. Y había permitido graciosamente ese inicial desahogo entre sus contertulios. Nadie sin embargo podía ignorar que su intervención de ahora era la manera de pedir a los concurrentes de un modo indirecto, haciendo uso de su tacto mundano y su don social, que por un momento se respetase aquel territorio y se hablase en él de asuntos más relajados. Lo cual dio lugar a una conversación un tanto forzada.

A aquellas alturas de la velada, el profesor Piccard, que se había refugiado en la compañía de las damas, trató de dar unos pasos de baile para mostrarle a una de ellas cómo se ejecutaba el foxtrot de sus tiempos, con tan mala fortuna que resbaló y por un momento, quizás debido a su dominio de la aerodinámica, pareció quedar suspendido en el aire mientras su cartera, su pluma y su agenda, mucho más afectas a la gravedad, salían proyectadas en todas direcciones. Al fin Piccard aterrizó en el suelo y se levantó con dignidad ayudado por el coronel Herrera. Su cuello duro se había desprendido del todo.

— Si el ambiente progresa en esta dirección, quizás Camón se avenga a deleitarnos con una jota acrobática — dijo el profesor latinista y socialista.

El profesor Piccard se había recompuesto y charlaba animadamente con las damas.

— Profesor, usted vio la curvatura de la tierra —señaló Olga Bauer— y es por tanto el único ser vivo que tiene noticia de primera mano sobre su redondez. ¿Qué sintió al comprobar tal cosa?

— *J'ai substitué par une belle image ce qui avait été une "K" dans une équation* —respondió el profesor Piccard con una sonrisa.

Todo el mundo celebró la ocurrencia de Piccard, a excepción de Hernández-Pacheco que, a pesar de publicar habitualmente artículos de ciencia —previamente traducidos por profesionales— en la *Revue de Géologie* y en la *Revue Anthropologique*, no entendía una palabra de francés. Matilde Pomès, que se hallaba a su lado y lo notó un poco azorado, se sintió obligada a traducirle:

— Dice el profesor que sustituyó por una imagen hermosa lo que tan sólo había sido hasta entonces una "K" en una ecuación.

— Ya, claro, eso había entendido yo —convino un Hernández-Pacheco vulnerado en su amor propio.

— ¿Pero realmente es redonda la tierra? —preguntó la esposa de un profesor que creía que el colmo de la elegancia social era imitar a las protagonistas de las comedias de Oscar Wilde.

— Por lo que a mí respecta —puntualizó el doctor Arruga—, la curvatura de la tierra, la curvatura del universo y, hasta si me apuran, la curvatura del tiempo, son sólo un efecto de la curvatura del ojo humano.

— Debería usted escribir un ensayo sobre el Oculismo como el más radical de los idealismos —le invitó Gaos—. Pero sin duda Condillac tenía razón cuando aseguraba que por más alto que subamos o por más bajo que descendamos nunca lograremos salir de nuestras sensaciones.

— Aunque así sea —zanjó Gisela Bauer—, nadie hasta ahora ha conseguido llevar sus sensaciones tan alto como el profesor Piccard.

— *Le plaisir de vous connaître, madame, a élevé mes sensations au-dessus de mon record humble* —respondió caballerosamente el profesor Piccard.

Todo el mundo sonrió ante el gentil cumplido del profesor Piccard, cuyo rostro llevado de su audacia había adquirido de nuevo un encendido tono escarlata, todo el mundo salvo Hernández-Pacheco a quien Matilde Pomès se sintió obligada de nuevo a traducir:

— Dice el profesor que el placer de conocerla ha elevado sus sensaciones por encima de su modesto récord.

— Le agradezco su buena disposición, señora —contestó cortante Hernández-Pacheco afectando una mezcla de dignidad y de contrariedad en el rostro—, pero si no me he reído no es porque no entienda el francés sino porque las ocurrencias de ese señor no me hacen la menor gracia.

— ¿Me permite preguntarle si es usted traductora? —interpeló a Mathilde Pomès el doctor Arruga que se hallaba

a su lado y había presenciado su mal agradecido intento de ayudar al otro—. Esperó que no se lo tome como algo personal, pero siempre he pensado, incluso antes de que Heisenberg formulara su teoría, que la traducción ponía en evidencia la incidencia del principio de indeterminación en la literatura. Si toda lectura modifica radicalmente la obra sobre la que actúa, la traducción sin más la hace desaparecer.

— Olvida usted, señor —objetó Matilde Pomès con dignidad— que toda la literatura es una continua traducción. La originalidad es un valor moderno que los clásicos despreciaron. El mismo Shakespeare, como buen empresario, jamás escribió sobre ningún tema que no hubiese sido previamente ensayado. Su Quevedo es un sublime traductor de Juvenal o Terencio, y Rubén Darío ha trasladado al español la música de la poesía francesa.

— Diga usted que sí —se adhirió Salinas—. Deberíamos enmendar la frase de Xenius y decir que en literatura todo aquello que no es *traducción* es plagio.

— La única forma de originalidad que nos queda es el estilo —se atrevió a intervenir Víctor venciendo la agitada oposición de su corazón—. Resulta evidente que, tal como aseveró Labruyère, todo está ya dicho, pero el estilo “le dice a uno”. El estilo constituye además un intento de acercar las cosas a su forma platónica, al ideal.

— ¡Bah! Ya nadie da una gorda por el estilo —aseguró el profesor latinista y socialista—. El tiempo y los críticos, que son sus agentes, y Ortega que es el amo de todos ellos y que ha abandonado la prosa rítmica en sus textos, abogan por una literatura elíptica, que vaya al grano sin perderse

en digresiones, una literatura que sea lo contrario de la realidad.

— Por suerte aún nos quedan en este país grandes estilistas como Azorín y Pérez de Ayala y, por qué no decirlo, el propio Ortega —declaró Díaz del Moral.

— ¿Y cómo se consigue un estilo como el de ellos? —investigó una dama.

— Vendiendo el alma al diablo —reveló un Camón travieso—. Pero no a uno de esos diablos modernos que visten a la última y se desplazan en un convertible, sino a un Mefistófeles clásico, operístico, con muceta o esclavina y espada al cinto.

— Me quedo con el estilo del Unamuno ensayista —declaró el profesor socialista—latinista—. Quizás porque su castellano, como le reprocha Ortega, es un idioma “aprendido”, se advierte en su uso una contemplación extrañada. De ahí la tensión a la que somete el lenguaje, su continua innovación, sus conceptismos, sus arcaísmos, sus paradojas. Unamuno *ve* el idioma con deslumbramiento como sólo puede verse un paisaje cuando se mira por vez primera.

— Vaya un estilo, si no hay quien lo entienda —terció la esposa que imitaba a las condesas de Wilde.

— Basta con que se comprenda a sí mismo y lo entienda la Academia Sueca.

— Si vamos a eso la Academia Sueca no suele entender casi nada.

— La Academia Sueca sabrá entender a Juan Ramón —aseguró Salinas—. Juan Ramón, encerrado en su pura y

nacarada concha, tan sólo escucha la voz de su dios personal y la voz del Nobel.

— Pero también ha tenido críticas adversas y ha sido motejado de hermético. Hay incluso quien le ha acusado de erigir su reino fuera de este mundo.

— A quien está absolutamente seguro de su excelencia toda mala crítica le resulta a lo sumo una forma oscura de elogio —concluyó Camón y volviéndose hacia el profesor Landsberg, que se hallaba a su lado y escuchaba la conversación sin intervenir, pregunto—: ¿Y usted qué opina sobre el estilo?

— Respecto a ese asunto —respondió el alemán a quien el tema del estilo le traía al fresco— me remito a las palabras de San Agustín: *In verbis verum amare non verba*.

— Y sin embargo —insistió Camón— nadie tan capacitado como San Agustín para amar la palabra.

— La Palabra, sí; las palabras, no —zanjó Landsberg.

Mientras bebía a pequeños sorbos su copa de jerez, Víctor escuchaba con atención sintiéndose secretamente satisfecho de que toda aquella gente secundara un debate que él había suscitado. ¿De qué manera encajaba él la crítica? Sus *Poemas relativos* constituían un esforzado intento por sintetizar en un libro de poemas el espíritu de la relatividad y de la mecánica ondulatoria, de señalar la vertiente poética y mística de todas aquellas ideas maravillosas e integrarlas en la poesía; una poesía, la española, tan sorda a las grandes ideas y a todo cuanto no fuera su propia voz, que en lo referente al campo científico aún no había asimilado siquiera a Newton. Naturalmente

nadie había entendido su propósito. Su libro sólo había suscitado una breve y anónima reseña en *Noreste*, una revista de provincias que solía prestar atención a todo aquello que oliera lejanamente a vanguardismo, y el anónimo reseñista se había limitado a señalar la filiación de los *Poemas relativos* con cierto ultraísmo tardío.

— Volviendo al tema de Juan Ramón —derivó Salinas—, no nos queda más remedio que admitir que a día de hoy es todo un clásico y que disfruta de eso que sólo los dioses pueden disfrutar, la posteridad en el presente.

— Bien mirado nadie que esté vivo, en el supuesto de que JRJ lo esté en este momento en Madrid, puede ser un clásico *a día de hoy* —precisó el profesor de latín socialista con un gesto de incredulidad.

— Ah, sí y ¿qué es, según usted, un clásico?

— Alguien a quien el tiempo le ha perdonado sus defectos —sentenció y todo el mundo estalló en una carcajada.

— Dejemos pues que el tiempo haga su labor —fue la respuesta de Salinas.

Pero el tiempo sin duda estaba haciendo ya su labor. La repetición de los chistes, frases y anécdotas de los anteriores cursos ponía en evidencia una vez más cierto clima elegíaco que Salinas estaba altamente capacitado para detectar. Las dramáticas circunstancias particulares, la intolerable realidad, el clima de amenaza hacían que cualquier mirada al pasado resultara necesaria. El esplendor y el prestigio de los pasados cursos abrumaba desde la perspectiva de este empobrecido, en el que la

propia situación económica y política hacía impensables las simples actividades recreativas como las excursiones a Altamira, a Santillana o a Liébana, las verbenas frívolas y los no menos frívolos bailes y elecciones de miss Universidad patrocinados por la Asociación de la Prensa, o las representaciones de teatro clásico a cargo de la Barraca, cuya planificación y puesta en escena tantos quebraderos de cabeza le habían producido, pero cuya ausencia notaba ahora sin embargo de una forma dramática. El mismo esplendor académico se veía mermado no sólo por la disminución del personal docente y de los estudiantes extranjeros a los que una realidad política y social cada vez más degradada había disuadido de desplazarse a España, sino por la misma tristeza que lo impregnaba todo y que obligaba de algún modo a imponer una suerte de sobriedad castrense, transformando el lugar en una universidad de campaña.

Las circunstancias pues se habían convertido en una masa brutal que ya no permitía ver otra cosa, que lo condicionaba todo y lo contagiaba de una grisura y de una sobriedad esterilizante. Algo sin duda había cambiado, los cursos de verano habían perdido espontaneidad y frescura. Él mismo caía en esa inercia del recuerdo y se complacía durante la conversación en evocar las recientes glorias de la joven Universidad de vacaciones. Y, cuando un profesor había suscitado el tema del Curso del 34, que había sido sin duda el Curso estrella tanto por la presencia de premios Nobel como Schrödinger, como de las grandes figuras de la cultura española; Ortega, Zubiri, Unamuno..., Salinas se había dejado llevar con facilidad por el tobogán de sus evocaciones nostálgicas de tiempos mejores. *Déjà jadis*, había pensado sumido en una especie de incontinente

vértigo, ante una distancia de tres cursos, ridícula en tiempo, pero dilatada de un modo exagerado por las circunstancias. Y con entusiasmo había evocado, sintiendo que al hacerlo participaba en aquella dilatación antinatural del tiempo, las muchas anécdotas que la Universidad de Verano había generado.

— Tampoco debemos ponernos nostálgicos —acudió Gaos—. Hoy tenemos aquí a un sabio emérito como el profesor Piccard que en sólo dos días ha dado pie a más anécdotas sabrosas que las que ha podido generar la Universidad en toda su andadura.

Apenas llevaban los contertulios una hora de charla cuando Alberto, el vigilante de día del palacio, irrumpió en el salón rosa y reclamó la atención de Salinas quien, inicialmente, no logró contener un gesto de fastidio.

— Don Pedro —dijo el guarda a Salinas una vez éste se hubo acercado—, perdone la interrupción pero hay un grupo de hombres armados merodeando por los alrededores del palacio y he creído que debía avisarle.

— Ha hecho usted bien, Alberto.

Salinas llamó al rector, se disculpó ante sus invitados y ambos salieron al exterior donde vieron, tal como el vigilante había dicho, un grupo formado por tres paisanos armados con un viejo mosquetón y dos escopetas de caza que conversaban con los estudiantes. El rector Cabrera les hizo un ademán para que se acercaran y preguntó:

— ¿Quiénes son ustedes y qué hacen en el recinto de la Universidad?

Uno de ellos, el que llevaba el mosquetón al hombro, se adelantó y un poco intimidado manifestó:

– Formamos una guardia cívica y nos ha sido asignada la vigilancia del palacio y su entorno. Nuestro cometido es impedir la acción de focos de insurrección.

– Pues aquí no hay ningún foco insurrecto –replicó Salinas.

– Es por simple precaución, pues ha habido grupos de falangistas que han intentado tomar algunos puntos clave de la ciudad.

– Aquí no ha aparecido ningún falangista y la responsabilidad de todo el recinto universitario compete a sus autoridades.

– También hemos sido informados de que dentro de esta casa hay elementos facciosos que planean acciones contra la seguridad de la República. Nuestro cometido es impedir que algún sospechoso...

– En cualquier caso, como ya se les ha dicho –concluyó Salinas–, la responsabilidad corresponde a las autoridades que dirigen esta institución, el señor rector aquí presente y yo mismo como secretario general. Les ruego pues que abandonen el recinto o me veré obligado a informar al gobernador civil y a las autoridades del Frente Popular.

De mala gana la patrulla se retiró enderezando sus pasos hacia la salida de la península con sus escopetas colgadas del hombro.

Algunos profesores y estudiantes habían salido al exterior con las copas en la mano y desde el peristilo contemplaban la escena con curiosidad.

Salinas, en tono un tanto festivo, expresó a Cabrera su temor más lírico que real de una Universidad tomada por hordas de milicianos vivaqueando en los salones con sus armas y sus fiambreras, dejando el barro de sus botas en alfombras y tapices, y los correajes colgando en los adamescos sillones.

– Telefonaré al gobernador civil –dijo–, me había dado su palabra de que no se perturbaría en ningún modo la autonomía de la Universidad. Estoy seguro de que esta incursión es iniciativa de elementos incontrolados y no cuenta con la aprobación de las autoridades.

Salinas sintió un inmenso cansancio. Quizás la Universidad Internacional comenzaba a pesarle, a él que era su artífice, que la había soñado, proyectado e incluso bocetado en una hoja de papel una tarde de junio de 1932 en la sierra de Guadarrama, mientras se hallaba sentado en la hierba bajo los pinos, junto al ministro Fernando de los Ríos. Su sueño, que cabía en una hoja de papel, había cobrado realidad. Desde entonces lo había visto surgir y tomar cuerpo. El proyecto al que había entregado todas sus energías, lo que había sido su visión, la concepción más grande y universal de la República, una idea que no tenía parangón en ningún otro lugar del mundo, aquella isla de conocimiento y tolerancia enclavada en el escenario incomparable de una bahía que con el tiempo había de ser incorporada a muchos dulces recuerdos de juventud y que parecía hecha ex profeso para una elevada misión pedagógica, se veía ahora amenazada por la guerra y la barbarie.

Tan hermosas las vísperas y muertas, pensó. Y justo entonces retornaron a su memoria los ecos del aria de *La*



Wally que había sonado en la velada: *Ebben? Ne andrò lontana/ Come va l'eco de la pia campana...* Y sintió que aquel lejano eco de campana anticipaba no sólo su futuro sino el destino de una tercera España, la España de la duda, del escrúpulo, de la compasión y, en definitiva, de la debilidad humana.